LA FORMA QUE NOS PERSIGUE

Una novela sobre la forma que toma el miedo cuando encuentra el lenguaje para asfixiarte.

Carolina Pezzente

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Uno

"En el reino animal, la regla es, comer o ser comido. En el reino humano, definir o ser definido."

—Dr. Thomas Szasz

"Si te tomás la molestia de escuchar las historias de una persona, su comportamiento siempre tiene sentido. Es realmente así de simple."

—Dr. Noel Hunter (mi traducción)

Lucio

Mis padres decían que nos íbamos a mudar pronto. Hablaban de seguridad, de que la zona estaba cambiando, de que papá tenía un cliente importante más cerca de la capital y el viaje lo estaba matando. Era una explicación limpia. Del tipo que das cuando no querés decir que la casa se volvió un lugar demasiado pesado para respirar.

Yo intentaba no estar mucho tiempo adentro. Salía a correr o me quedaba en la computadora con los auriculares puestos. La rutina era lo único que servía. Si te quedás quieto, la cabeza empieza a dar vueltas sobre cosas que ya no tienen solución. Qué hubiera pasado si le hablaba más. Qué hubiera pasado si me daba cuenta antes. No sirve de nada. El psiquiatra fue claro: era un tema de neurotransmisores. Una depresión mayor no se arregla con una charla de hermanos. Pero yo sabía cómo era ella. Siempre fue demasiado blanda, demasiado permeable. La biología era el resultado, supongo: si pasás años dejando que cada pavada te hunda el pecho, al final el cerebro se olvida de cómo fabricar lo que te mantiene a flote. Le faltó esa dureza, esa voluntad de no tomarse el mundo tan en serio. Al final, su propia cabeza terminó siendo una trampa biológica. Es triste, pero es lo que pasa cuando no sabés manejarte.

Me froté el ojo izquierdo con el nudillo. Me venía temblando desde el campamento scout de hacía unas semanas.

—Dejá de rascarte —me dijo papá anoche, viéndome parpadear raro durante la cena—. Si te tocás, lo irritás más. Es un tic nervioso y ese hábito no ayuda. Tratá de relajarte y se te pasa.

Seguramente me había entrado tierra o era algún tipo de alergia leve, pero el párpado me pesaba y la luz de la ventana de la cocina me hacía forzar la vista. Papá es médico, sabe de estas cosas. Estaba durmiendo mal, eso era todo.

El insomnio te arruina. El día anterior a la tarde, mientras me preparaba un café, había escuchado clarito una voz discutiendo en el pasillo. Sonaba igual a ella cuando se frustraba. Fui a mirar y no había nadie. Busqué en internet y leí que la privación de sueño causa alucinaciones auditivas menores; el cerebro, pasado de rosca, inventa estímulos para mantenerse alerta. Tenía sentido.

Era la fatiga nada más. Solo necesitaba dormir ocho horas seguidas y el ojo iba a dejar de temblar.

Lili

Todavía escuchaba a Fiona cantando en mi cabeza. *Llorona, Lili es una llorona*. Ese día me habían roto el balde en el recreo y me caían las lágrimas delante de todos. Maia era mala. Pero mis papás tenían razón, ya estaba grande para llorar por un plástico. Igual, no lo pude atajar. Fue como si un vaso se volcara en la panza y la presión me subiera hasta la cara.

Esa noche estaba en la cama y no me podía dormir. Sentía que tenía algo enredado en la cabeza, como un ovillo de lana áspera que necesitaba desarmar. Hacía un rato se me había caído uno al piso; lo escuché rodar y detenerse en la oscuridad. Pero después empecé a escuchar otra cosa.

Venía de abajo de la cama. Un ruido raro. Primero pensé que era el roce del hilo contra la alfombra, pero después sonó como madera crujiendo, como si alguien estuviera pelando el piso con las uñas. Me hice bolita y me tapé hasta la cabeza con la sábana. Sentía un frío a los lados del colchón que no era por la ventana abierta. Era otra cosa.

No hay nada ahí, me repetía. *Papá siempre dice que no hay nada. No voy a mirar.*

Pero el ruido no paraba. Sonaba a abrojos despegándose, despacio. Me temblaban las manos. Si prendía la luz, me iban a retar por estar despierta. Si gritaba, papá iba a venir, se iba a enojar por inventar cosas y me iba a pedir que le explicara. Y yo no quería usar esas palabras para explicar "el frío a los lados del colchón", aunque sabía qué era. Así que apreté los dientes para no hacer ruido.

Tampoco iba a usar otro tipo de palabras para nombrar lo que estaba por ver. Cualquier chico de esa edad las hubiera usado. Yo no. Pensaba que iba a invocarlo si las usaba o algo así.

Asomé la nariz por encima de la sábana. La habitación estaba a oscuras, solo entraba la luz del pasillo por la puerta entreabierta. Mi muñeca Laila estaba tirada cerca de la pata de la cama, con sus ojitos de plástico. Me quedé mirando sus ojos para no tener que mirar más abajo. Y al lado... estaba el ovillo.

Solo que ya no era redondo. Estaba partido, como un huevo oscuro, y algo largo y peludo empezó a salir de adentro. Tenía patas delgadas que se estiraban con cuidado. Se arrastró hacia la luz de la puerta y vi que tenía una cara. No, no era una cara. Era como una máscara con una sonrisa dibujada que no se movía. Y de repente, la máscara se cayó al piso, como una cáscara vieja. Detrás de la sonrisa no había nada, solo un agujero negro. La garganta se me cerró tanto que dolió.

Grité.

Papá entró corriendo y prendió la luz. Lo abracé rápido, temblando. Me dio unas palmaditas en la espalda y suspiró.

—¿Por qué estás llorando?

—No sé —le dije.

—Pero nena —su tono se puso más fuerte—, ¿cómo no vas a saber qué te hace llorar? No entiendo por qué te cuesta tanto explicar las cosas. ¿No me podés contar?

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Quería contarle. Quería decirle que mirara debajo de la cama, que mirara el lugar donde había estado la sombra. Pero era como si algo me tapara la boca. Hice que sí con la cabeza, despacito, sin saber bien a qué le estaba diciendo que sí.

Papá esperó. No me salió nada más.

Suspiró. Apagó la luz y cerró la puerta.

El silencio volvió. Pero la sensación rara seguía, como si algo hubiera estado y no se hubiera ido del todo, solo cambiado de forma.

Bajé la vista al suelo. El ovillo que se me había caído antes seguía ahí, en la oscuridad. Quedó hueco.

La cosa ya no estaba, pero el aire se sentía distinto, como si el agujero siguiera ahí. Y mentí, sobre todo, porque cuando papá prendió la luz, aunque no le dije nada, sé que miró hacia el lugar donde había estado la sombra. Miró, y no vio nada.

Si él no podía verlo, entonces la que estaba mal, otra vez, era yo.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Dos

"Y gracias a la desafortunada persistencia del dualismo —la creencia anticuada de que la mente y el cuerpo están separados—, la gente a menudo iguala *subjetivo* con *impreciso* y *psicológico* con *imaginado*. Esto es dañinamente incorrecto."

—Ed Yong, La inmensidad del mundo

Lucio

El episodio del martes fue distinto. Estaba en clases virtuales, con el auricular puesto. De repente sentí que se me dormía la mitad izquierda de la cara. Era un vacío eléctrico, como si alguien hubiera desenchufado ese lado. Quise escribirle algo a un compañero en el chat y mis dedos no obedecieron. La mano izquierda era un peso muerto sobre el teclado.

A, S, D... No, las teclas eran otras. La pantalla se llenó de caracteres sin sentido. Cerré la notebook. Me quedé quieto, respirando despacio, esperando que la señal volviera.

Se fue en una hora. Busqué los síntomas esa noche. Guardé el historial y no lo volví a abrir.

Mis padres me llevaron al hospital de la ciudad. Dos horas de viaje, papá manejando en silencio, mamá mirando por la ventana. Me hicieron de todo: análisis, un test neurológico, cuarenta minutos dentro de un escáner que zumbaba como una heladera gigante. Todo dio normal. El médico nos explicó que el estrés sostenido puede generar síntomas funcionales muy concretos. El duelo, dijo, es un estresor clínico. El cerebro bajo estrés crónico hace cosas raras.

Tenía lógica. No había lesión, no había causa estructural. Era el cuerpo reaccionando a algo que no manejaba bien todavía. Me mandaron a casa con un nombre de psiquiatra y una caja de pastillas. No me explicaron mucho; yo estaba demasiado agotado para preguntar. En el auto de vuelta, papá dijo que era lo esperable, que el estrés post-duelo genera síntomas somáticos y que la medicación iba a estabilizar los ciclos de sueño. Lo dijo mirando la ruta, con el tono que usa cuando no está opinando sino informando. Asentí. Con papá, cuando hablaba así, uno asentía.

Dormía mejor con las pastillas. Las parálisis eran menos frecuentes. Creo. El ojo seguía igual.

La semana pasada intenté configurar el TalkBack en el celular. La luz de la pantalla me partía la cabeza y con los espasmos no llegaba a enfocar los apuntes. La voz robótica empezó a leer la pantalla a todo volumen justo cuando mamá entraba al cuarto.

—¿Qué estás haciendo con eso? —preguntó, y el tono ya venía tenso.

—Tratando de leer sin forzar la vista.

Papá apareció detrás de ella en el pasillo. Se frotó la cara, agotado y furioso a la vez.

—Lucio, cortala —me gritó, perdiendo la paciencia—. Apagá eso de una vez. No tenés una discapacidad. El médico fue claro, es estrés. Cuanto más te trates como si estuvieras enfermo, peor te vas a poner. Relajate.

Mamá nos miró. Su mirada se quedó conmigo un rato. Era la misma que se le pone a un mueble viejo que se está rompiendo de a poco y no sabés si tirar o arreglar.

Apagué el lector. El silencio que siguió fue pesado. Para ellos, buscar una herramienta es confirmar una debilidad. Si no hay lesión verificable, entonces acomodarme a los síntomas es fomentar la maña. Así que por un tiempo usé las funciones de accesibilidad a escondidas, de madrugada, con auriculares.

Después iba a ver que no me quedaba otra, porque la situación iba a progresar al punto de quedar horas sin ver nada. Era eso o sentarme a esperar. No sé cómo me miran ellos cuando hago esto, pero lo hago igual, porque les guste o no por ahora es lo que puedo hacer.

En otra época tal vez me hubiera reído y los hubiera mandado a la mierda, pero ya en ese momento me preguntaba si mandarlos a la mierda haría que me gane una buena patada en el culo de la casa (la cantidad de comentarios sobre lo que cuesto, que al estar ciego quedo inútil y que tengo que hacer algo al respecto para no depender de ellos toda la vida ya son de enojo, no de preocupación. Eso a pesar de que al final el que buscó los recursos de accesibilidad en Internet fui yo solo, y no soy ningún genio en esto, pero eso no cuenta porque mis síntomas se tienen que ir, no alcanza con aceptar y readaptarse, parece). No estoy en condiciones de arriesgarme a que me echen.

En el pasillo de casa hay un punto muerto donde el sonido viaja raro, como por un tubo largo y húmedo. Una noche, saliendo del baño, escuché a mis padres hablar en la cocina. El tono bajo, ese murmullo que usan cuando creen que el mundo se detiene en la puerta de su cuarto.

—Se está dejando estar —dijo la voz de mi papá. Sonaba a fatiga, pero también a una sentencia—. Igual que ella.

Mamá no dijo nada. Ese silencio dolió más que la frase.

Me quedé en el pasillo, con la mano en la pared. *Igual que ella.* Como si lo que le pasaba a Lili fuera un virus de la voluntad que yo ahora estaba eligiendo contraer. No fui a pedir explicaciones. Si preguntaba, iban a negarlo o a darme una charla sobre "percepción alterada".

No iba a quedarme en esa casa. No podía respirar si cada tic de mi ojo era leído como una traición.

Me fui. Arreglé con Benjamín del grupo scout para compartir departamento. Mis padres no supieron los planes hasta que ya estaban hechos.

Al principio fue distinto. Las voces a lo lejos pararon. Dormí.

Algo en mí quería que eso fuera suficiente para cerrar la pregunta, y por un tiempo lo fue. Si los eventos raros eran la casa, o la familia, o las dos cosas juntas, entonces irme era la respuesta correcta. No lo dije en voz alta, pero lo pensé: *era el lugar*.

Quedó una ligera incomodidad que no supe dónde poner. Nada concreto. Solo la sensación, alguna noche, de que algo no había terminado de irse con ellos.

Lo guardé.

Lili

Esa noche iba a buscar el dibujo que había dejado en la cocina.

Lo había hecho en clase de plástica: un pez con escamas de distintos colores, cada una pintada por separado. Me lo había llevado para colorearlo en casa con los marcadores míos porque en el colegio no alcanzaba el tiempo. Lo dejé en la mesa de la cocina mientras iba al baño.

Cuando volví a buscarlo, la cocina estaba oscura. Vi una silueta cerca de la mesa —alta, sin forma fija, como si el borde de una persona se deshilachara en el aire. Vi que agarraba algo. Vi el movimiento de arrugar.

Me paralicé y no dije una sola palabra. Cuando se me pasó, me fui y me quedé llorando en la cama.

A la mañana, el dibujo estaba en la mesa. Exactamente donde lo había dejado. Arrugado en el centro, con las escamas del pez aplastadas.

Mi mamá lo vio y no dijo nada. Mi papá tampoco. Yo tampoco. Fui al colegio con el dibujo así y lo entregué así y la maestra no preguntó. Nadie preguntó.

No sé qué hubiera respondido si alguien hubiera preguntado. No tenía palabras para lo que había visto. Tenía el dibujo arrugado y tenía el recuerdo del movimiento de arrugar, y eso era todo.

Aprender a apretar vino después. Tardé en entender qué estaba haciendo cuando apretaba los puños o los dientes —que era lo mismo que le pasó al dibujo, solo que adentro y a propósito. Si lo que yo sentía era capaz de arrugarse, quería ser yo la que lo arrugaba. Porque como lo que decía mamá de que papá en sus rabietas tiraba nuestras cosas a la basura y "así es él" tenía que ser así, yo no tenía control. Varios años después me pregunto si realmente él lo hacía o mamá había contado esto para hacerlo quedar mal, pero en ese momento no importaba. De chico uno no duda mucho de lo que dicen los padres.

El insomnio duró semanas. Escribí algunas cosas en el diario, en clave. Preguntas que no le podía hacer a nadie: *¿de dónde salen las cosas que dice la gente cuando se enoja? ¿Qué hay adentro que el enojo libera?*

Y la pregunta que más me quemaba: *¿Si algo te asusta pero nadie más puede verlo, el miedo es igualmente real?*

La respuesta que encontré sola fue que sí. El miedo es real aunque el objeto no lo sea. Pero eso no ayudaba a dormir.

No ayudaba tampoco a sacarme de la cabeza esos momentos que no entiendo cuando alguien me está hablando y de a poco la voz se le va volviendo como un alambre, hasta que de la boca le salen cosas que nunca diría, imposiblemente duras. Me acuerdo de una tarde en la cocina. Yo no podía parar de llorar porque no encontraba una fibra y mamá me miraba apoyar la cabeza en la mesa. Empezó hablándome bajito, pero de a poco la

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

voz se le puso fina, metálica. '¿Sabés qué pasa, Lili?', me dijo, y los ojos se le quedaron quietos. 'Pasa que sos un pozo que nunca se llena. No importa cuánto te demos, siempre vas a encontrar una razón para estar rota. Sos un parásito de la lástima'. Después parpadeó, me dio un beso en la frente y me dijo que fuera a jugar. Como si no hubiera dicho nada.

Como si en realidad nunca hubiera pasado nada.

A veces de noche, el ruido volvía junto con esas cosas que me dejaban despierta. El crujido del piso. No siempre llegaba a más: algunas noches era solo eso, un aviso de que seguía ahí, esperando a que yo dejara de apretar. Me quedaba quieta, conteniendo el aire, sintiendo que mi cuerpo era una trampa que se me cerraba encima.

Funcionar es más fácil que entender. Eso también lo aprendí sola. Pero cada vez costaba más trabajo fingir que yo era la que estaba al mando.

Tres

"(...) la locura fascina porque es conocimiento. Es conocimiento, primero, porque todas estas figuras absurdas son en realidad elementos de un aprendizaje difícil, hermético, esotérico."

—Michel Foucault, Locura y civilización (traducción mía del inglés)

Lucio

De chico yo pensaba que a uno le pasaban las cosas porque daba el espacio para que pasaran. Me acuerdo de un pibe en el colegio al que le tiraban la mochila por la escalera todos los días. Lo vi llorar una vez, escondido en el baño, y yo también lloré un poco de la impotencia desde el otro lado de la puerta, pero me aseguré de que no me viera. A la semana siguiente yo era el que miraba para otro lado cuando le sacaban las cosas. Si te mostrás débil, sos un blanco. Eso es todo. La vulnerabilidad es matemática pura. Yo no iba a ser un blanco.

Por eso no entendía a Lili. Ella no solo mostraba el flanco, sino que se enojaba cuando el mundo la golpeaba justo donde no tenía armadura. Yo pensaba que le hacía un favor cuando le escondía el diario o le ponía una araña de plástico enorme en la caja de los juguetes. Quería que dejara de tomarse todo tan a pecho, que aprendiera a apretar los dientes. La pedagogía de los golpes, supongo.

Una tarde entré a su cuarto a buscar un cargador. Ella tendría ocho o nueve años. Cerca de la pata de su cama encontré un bollo grisáceo. Al principio pensé que era lana sucia, o un pedazo de crochet arruinado que había dejado tirado. Lo levanté. La textura era rara, como un papel de calcar reseco que cedía al tacto pero no se rompía. Se sentía casi como una piel muerta, áspera y hueca.

—¿Qué es esto, otra de tus cosas sin terminar? —le pregunté cuando entró al cuarto.

Me miró. Se le borró la sangre de la cara en un segundo, una palidez de papel enfermo. No dijo una sola palabra. Retrocedió y salió al pasillo, dejándome solo con esa cosa en la mano.

Me reí. O quise reírme, pero el sonido se me cortó en el medio de la garganta.

Algo en la presión del aire del cuarto cambió. Fue como si de repente hubiera alguien más respirando la misma cantidad de oxígeno, muy cerca de mi nuca. Sentí que algo se movía en la periferia, donde el ojo no llega a enfocar. El miedo fue puro, irracional, un balde de agua helada en la nuca que no me dio tiempo a pensar. Solté la cosa en la cama y salí al pasillo caminando rápido.

Cuando recuperé el aire en la cocina, la vergüenza de haberme asustado en mi propia casa me obligó a buscar una explicación racional. Volví a la pieza, agarré la cosa y se la llevé a papá y mamá, que estaban en el living.

—Mirá la mugre que junta Lili en el cuarto —les dije, buscando cómplices.

Papá me miró la mano, suspiró y me corrió el brazo.

—Es pelusa, Lucio. Tirá eso a la basura.

Miré mi mano. Sí, había levantado un bollo de polvo gris junto con la piel seca cuando la agarré por segunda vez, pero ellos no estaban viendo la piel. Literalmente no podían verla. Estaba ahí, áspera contra mi dedo pulgar, asomando debajo del polvo, pero para ellos era solo tierra acumulada.

La tiré a la basura. No pregunté nada más. Pero al sacar la mano del tacho, me guardé la piel en un cajón. A ver si estaba loco.

Lili

Las voces de otros que sonaban a alambre siguieron, y el miedo siguió. Pero con el tiempo encontré un lugar donde el miedo tenía reglas. A los trece años empecé a vestirme de negro y a escuchar música donde la gente gritaba la rabia que yo tenía que tragarme en casa. Encontré un foro, una wiki de historias de terror. Escribía sobre monstruos que no se escondían bajo la cama, sino en la cabeza, y que siempre terminaban ganando porque era más fácil dejarlos ganar y desaparecer. Había algo en esa entonces aparente irracionalidad de querer morir que me fascinaba, aunque no entendía por qué.

Alguien de la moderación me mandó un mensaje privado. No me preguntó si yo estaba bien ni qué me pasaba. Me dijo que el contenido era inapropiado, que el suicidio era un problema grave de salud mental. Yo contesté de una manera muy propia de mi hermano, porque hasta ese momento no me parecía nada grave:

"El lector es responsable de lo que lee. Al que no le gusta o le hace mal, que no lo lea."

El moderador pensó que mi comentario era una provocación y me amenazó con que, si volvía a subir algo así, me iban a expulsar permanentemente de la plataforma. Sentí la misma vergüenza fría de siempre. Algo estaba mal en mí. Si escribía lo que pensaba, incluso si era solo una curiosidad adolescente, revelaba que era un monstruo, un problema para los demás.

No volví a subir historias de ese estilo.

Creo que esa fue la primera vez que me cayó la ficha del todo: de este tema no se habla. Y aunque mis padres no lo dijeran, yo ya sentía que ellos menos iban a querer hablar de eso. Porque es una decisión que no tiene sentido.

A la semana siguiente, en el colegio, el grupo que siempre me decía cosas por la ropa, me cruzó en el recreo. Uno de ellos, Marcos, me agarró la mochila de una de las tiras y la sacudió con violencia. Se cayeron mis carpetas, el estuche y el celular contra el piso mojado del patio.

—A ver qué porquerías escribís hoy, tarada —dijo.

La sangre me subió a la cabeza tan rápido que me quedé sorda. Por primera vez en mi vida, no me hice un bollo, no me quedé callada. Me levanté y le empujé el pecho con las dos manos con toda la fuerza que tenía. Trastabilló. Le dije como pude “¡Dejame de joder!” pero no sé si lo escuchó porque yo seguía llorando y con el corazón en la boca.

Lo miré. Marcos me miró con los ojos abiertos como dos ananás. Yo esperaba que me devolviera el empujón, que me dijera algo, que al menos me gritara, pero no dijo nada. Se quedó ahí parado mirándome.

Me di vuelta y me fui a contarle al preceptor.

El resultado fue una amonestación en el cuaderno de comunicados.

No para Marcos, no para los dos. Para mí.

Esa tarde volví caminando a casa con la hoja de mierda amarilla doblada en el bolsillo, la hoja del cuaderno. Sentía el pecho como una piedra caliente que me asfixiaba. *Ojalá se muera*, pensaba mirando el asfalto. *Ojalá cruce sin mirar y lo pise un auto y se muera*. Y casi instantáneamente, como un reflejo condicionado por años de corrección, el pensamiento rebotaba y me golpeaba a mí misma en la cara: *¿cómo vas a pensar eso? Sos un asco de persona. Sos exactamente el monstruo que todos dicen que sos. Estás podrida por dentro, por eso te pasan estas cosas.* Y ahí venía el llanto, un nudo áspero en la garganta, llorando porque me odiaba por desear el mal, odiándome después por ser tan débil como para llorar en la calle, y finalmente deseando que ojalá me pisara un auto a mí también así no tenía que lidiar un solo día más con mi propia cabeza.

Todo el camino, una y otra vez. Tres cuadras de bucle hasta llegar a la puerta de casa.

Esa noche fue otra en la que tuve que intentar sacarme algo de la cabeza, por supuesto. En ese momento, pensé que tal vez alguno de esos videos de cosas paranormales me iban a distraer un poco y de paso hacerme reir.

El problema es que esta vez no salió como yo hubiera querido... Y no porque el video en sí hubiera sido demasiado. No.

De repente el audio se adelantó a la imagen, como si la voz tuviera más apuro por llegar que la cara del tipo. Sin cambiar esa monotonía de quien lee un guion por décima vez, dijo que si alguien estaba mirando esto porque de verdad tenía ganas de hacerse algo, que se dejara de joder. Que no había nada de poético en estar así de *podrida por dentro*. Que una cosa era la curiosidad y otra era tener la cabeza tan jodida como para pensar que un videito de YouTube te iba a dar el permiso que no tenés.

Me quedé con el celular en la mano. El audio y la imagen volvieron a sincronizarse de golpe.

Yo ya sabía qué palabras iba a usar antes de que las dijera. Pero me perturbó más que el tipo siguiera hablando de desapariciones en el bosque con total normalidad, como si no me hubiera acabado de escupir en la cara. Me perturbó que el "algoritmo" de alguna manera supiera leerme el pensamiento incluso cuando yo no había buscado nada, y luego me hubiera dejado así.

Lucio

Yo había visto las historias que Lili subía a esa wiki. Me las había cruzado de casualidad en la PC porque ella tenía la costumbre de dejar la sesión abierta. Historias lindas, oscuras, cortadas por la misma tijera y con finales melodramáticos.

Cuando vi el aviso del moderador, me reí. *Un mundo de copitos de nieve*, pensé. En el fondo, me aferré a esa burla para evitar pensar en cómo Lili había logrado asustarme con esto ni de dónde lo sacaba. Tenía que ser solo ficción barata.

Pero unos días después, la vi volver del colegio con los ojos inyectados en sangre y la amonestación, encerrándose en el cuarto sin hablar, ignorándome cuando le pregunté qué pasó.

Esa frialdad de Lili, ese silencio que no pedía absolutamente nada y que ya se le estaba volviendo una costumbre, me generaba una tensión que no me entraba en el cuerpo. Recuerdo estar en el auto con ella, y verle la cara apuntando hacia adelante, y pensar que en cualquier momento me iba a mirar de reojo y el frío me iba a llegar como una ráfaga. Ojalá se hubiera bajado de ese auto, ojalá me hubiera gritado, ojalá hubiera llorado, ojalá hubiera hecho lo que sea que justificara reaccionar de alguna forma, pero ella no hizo nada. *No hizo nada, no dijo nada, no hizo nada, no dijo nada.* Repetí la frase en mi cabeza y sentí que no me alcanzaba para cerrar.

Si me hubiera puesto esa cara cuando le leí el diario...

El diario. Varias cosas. Capaz es eso.

Necesitaba salir. Me puse las zapatillas y salí a correr.

Correr siempre era el lugar donde vaciaba la cabeza, pero esa tarde no funcionó. Después de veinte cuadras, cuando el aire frío ya me quemaba la garganta y los pulmones pedían pausa, empecé a notarlo.

Alguien corría atrás mío.

Me rozaba el calor denso en la espalda, el peso de algo que se me pegaba a la nuca, bloqueando el viento. Miraba de reojo y veía una sombra deshilachándose de reojo, siempre justo ahí, donde el ojo no alcanza a enfocar del todo.

Apuré el paso. Apuró conmigo. Doblaba una esquina y el aire se movía a mi lado, copiándome.

En lugar de atacarme, me acompañó las siguientes quince cuadras. Yo podía correr todo lo que quisiera, podía apurar el paso hasta que me doliera el costado, podía decirme que era el sol o la falta de agua o que me estaba volviendo loco. Pero el peso en la nuca era real. Era una presencia física, algo que ocupaba un espacio que yo siempre había creído vacío. Mis reglas de "si no te mostrás débil no te pasa nada" y toda mi matemática de la invulnerabilidad no servían para frenar la sensación de que algo me estaba respirando en la nuca. No tenía sentido. Nada de lo que yo sabía sobre el mundo explicaba por qué el aire pesaba tanto de repente.

Esa fue la primera vez que la lógica no me alcanzó. No lo acepté ahí mismo. Me inventé mil historias, cualquier cosa que me permitiera volver a casa y sentarme a comer sin gritar. Me llevó una mudanza fallida y volver a lo de mis viejos con el bolso al hombro para entender que no fue el calor. Fue el comienzo de esto. De este silencio de mierda que ahora camina conmigo por el pasillo de esta casa.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Cuatro

"«¿Por qué —pregunta Zapffe— (...) sólo perece un número muy reducido de individuos por no poder resistir la tensión de vivir, porque el conocimiento les da más de lo que pueden soportar?» La respuesta, de Zapffe es: «La mayoría de la gente aprende a salvarse limitando artificialmente el contenido de su consciencia»."

—Thomas Ligotti, La conspiración contra la especie humana

Lucio

Volví a casa en marzo. No tuve que decir mucho: mis padres ya sabían que algo estaba mal, y cuando Benjamín me llamó para decirme que no podía seguir cubriendo mi parte del alquiler mientras yo no trabajaba, la conversación con ellos duró diez minutos. Venite, dijeron. Eso fue todo.

El departamento que compartía con Benjamín había estado bien el primer tiempo. Lejos de la casa, los episodios eran más manejables. Dormía mal igual, pero había algo diferente en el silencio de ese lugar. Aprendí a moverme solo en los malos días, a configurar el celular para que leyera la pantalla cuando el ojo izquierdo se cerraba solo. Conseguí un trabajo de carga de datos que podía hacer sin horario. Me decía que era provisional.

Después volvieron las parálisis más largas. Una tarde que duró casi dos horas, sin poder usar el brazo izquierdo, tirado en el sillón escuchando el tráfico de la calle mientras esperaba que pasara. Fue ahí cuando supe que solo no podía.

La casa estaba igual. Mis padres la tenían ordenada y el olor era el mismo de siempre, ese olor a piso recién lavado que mi mamá siempre consigue. Pero algo en las proporciones estaba distinto. Los pasillos parecían más angostos, o quizás era yo que había dejado de moverme bien por ellos.

Una tarde, mientras tomaba la medicación antes de comer, me acordé de algo que me había dicho Felipe antes de irme. Felipe es así: nunca dice las cosas en el momento en que más importan, pero cuando las dice no se equivoca mucho. Me había visto tomar la pastilla en un campamento y me preguntó el nombre. Cuando se lo dije, se quedó callado un momento.

—Eso es un antipsicótico —me dijo.

Me reí mientras en el fondo evitaba preguntarme dos cosas: por qué su cara de enojo no me preocupó más de lo que debería y cómo era posible que yo no supiera la clase de droga y él sí. Le expliqué lo que me habían explicado a mí: regulador del sueño, manejo del estrés somático que me estaba generando espasmos y hemiplejias, y que era mejor no pensar en esas cosas. Felipe no discutió, pero en su cara de sorpresa vi que quería decir algo más que no se animó. Solo dijo que a él de chico le habían dado lo mismo con otro nombre, y que podía buscar los efectos secundarios si quería. Que era mi decisión.

Esa noche busqué. La lista era larga. Entre los efectos oculomotores estaba el blefaroespasmo. El ojo que me temblaba desde hacía meses, que el médico le atribuía al estrés.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Fui al psiquiatra y se lo planteé. Me explicó que «regulador» era una simplificación para no generar ansiedad innecesaria, que los efectos secundarios que encontré en internet correspondían a dosis mucho más altas, que mi percepción de los síntomas estaba distorsionada por el propio estrés que la medicación estaba tratando. Todo razonable. El problema es que razonable ya no me alcanzaba para cerrar la pregunta. Decidí creerle igualmente. Al final, es el profesional. Su padre también es médico. Los que saben más son los que estudiaron para eso.

Pero la pregunta se quedó.

El primer episodio serio fue a las dos semanas. Fui al baño de noche. En el camino de vuelta, me desorienté y se ve que tenía el ojo tan seco que no me alcanzó con levantar un párpado con los dedos.

La pared estaba del lado equivocado. Choqué contra ella con el hombro. Saqué el celular, encendí el TalkBack y una app tipo cámara que habla para ciegos. Por suerte, la linterna se encendió automáticamente (porque si tenía que buscar el interruptor a tientas no terminaba más e igual yo no iba a ver nada. Fotofobia de mierda).

Pared. dijo el teléfono. Giré a un lado. Esperé. *Pared.* Giré adelante. *Pared. A ver, esto no puede ser tan difícil, boludo*. Giré de nuevo. *Pasillo*. Bueno, derecha.

...Pero el cuerpo decía que derecha era la pared que acababa de golpear.

No, dejá, esta cosa no funciona. Pantalla apagada, escuché. Extendí ambas manos adelante y caminé a tientas.

Di un paso. Otro. Empecé a caminar en línea recta con ambas manos tocando las paredes. *A esta altura ya tendría que haber tocado el marco de la puerta*, pensé. Y sin embargo, nada.

El piso estaba donde tenía que estar pero el espacio cada vez cerraba menos o se extendía demasiado, como si el pasillo hacía un rato hubiera girado un grado y medio y todo lo demás se hubiera reacomodado alrededor sin avisarme.

Cuatro. Cuatro metros de pasillo. Conocía esta casa. Me había criado ahí. Y aún así, no sé cuántos, pero tardé varios minutos en llegar a la cama.

Y lo peor era que, con el celular en la mano, quise pensar que lo estaba sosteniendo al revés y encendí sin darme cuenta, porque de lo contrario no sabía qué más podría estar pasando:

Cara. Dijo el teléfono.

Trastabillé. *Pared*. Cambié el celular de mano y me levanté el párpado mientras me lloraba el ojo por la luz. Miré como pude.

Estaba en el dormitorio. Solo.

Lo apagué y me acosté, temblando. Lo podía explicar. La cámara que vale dos centavos leyendo cualquiera, fatiga, desorientación post-episodio, falta de sueño. Ya me lo habían dicho, ya me lo habían dicho...

Pero la semana siguiente, mientras buscaba el baño con los ojos cerrados porque la luz me estaba lastimando, pasó algo distinto.

Iba por el pasillo. Mano derecha en la pared, contando pasos como siempre. El ojo me ardía aunque no hubiera luz. Me ardía aunque no hubiera nada que ver.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Cuatro pasos. Cinco.

Algo cambió en el aire a mi lado derecho. Era una presencia de temperatura, alguien demasiado cerca en un espacio que debería estar vacío.

Seis pasos.

Y entonces:

—Ya no podés más.

A la altura de la oreja. El tono de mi papá cuando está al límite y se contiene. Cuando la voz baja un grado justo antes de que suba del todo. Lo conozco desde los ocho años.

—Igual que ella.

Me clavé en el piso.

La mano que tenía apoyada en la pared la sentí sola de repente, sin ningún peso detrás. Abrí los ojos aunque me quemaran. La luz del pasillo (esa franja amarilla que filtraba por debajo de la puerta del baño) era lo único que había. El pasillo estaba vacío. No había nadie.

Me quedé quieto, escuchando. Nada.

Percepción alterada. Ya me lo dijeron, ya me lo dijeron...

Fui al baño. Cerré la puerta. Me apoyé contra ella un segundo con el ojo todavía llorando por la luz.

Fui al psiquiatra y le conté los episodios. Me dijo que la medicación podía estar necesitando ajuste, que el estrés del regreso era un factor, que el cerebro a veces genera voces en estados de fatiga extrema. Todo tenía explicación. Todas las explicaciones eran razonables. Me cambió la dosis.

Fue por esos días que papá me sugirió probar la punción seca. Me lo dijo con un tono de voz suave, casi cómplice, mientras tomábamos mate una tarde. Me explicó que había hablado con un colega, que las agujas eran tan finas que casi no se sentían y que el objetivo era estimular el nervio vago. Dijo que servía para prácticamente cualquier condición somática.

Busqué en Google apenas se fue de la cocina. No me llevó más de diez minutos encontrar que no había evidencia científica seria, que era, en el mejor de los casos, un tratamiento complementario para dolores musculares y, en el peor, pura charlatanería. Digamos que tampoco le termino de ver el sentido al método más allá de relajarme.

Y ahí fue cuando algo se rompió. Mi viejo no era ningún boludo. Él me había enseñado a distinguir las fuentes confiables de la basura de Internet; él siempre decía que los profesionales sabían más que el que buscaba en Google. Si me estaba ofreciendo eso, no podía ser porque creyera en las agujas. O era porque creía que mi problema era un capricho de la voluntad y me estaba ofreciendo un placebo para ver si me "curaba" solo, o pensaba que cualquier cosa que reduzca el estrés servía, sea rezar o ir a un homeópata o pincharse con agujas finas y musiquita. La única diferencia era que lo primero por lo menos es gratis. El nivel de desesperación se veía a kilómetros.

Le dije que no. Sin gritos. Me miró con total decepción.

Poco después, o tal vez al mismo tiempo —la secuencia no está del todo clara en mi memoria— escuché a mis padres hablar en otra habitación. No estaban peleando. Estaban hablando de mí en el tono que usarían si creyeran que no los escuchaba.

—Está mal de la cabeza —dijo la voz de mi papá—. Se supone que a esta edad debería saber evitar estas cosas, está grande, se está jodiendo la vida al pedo. Se está dejando estar como ella. Por eso no quiere lo de la punción seca. Es muy terco.

Considerando lo de perderme y haber escuchado llanto que no vienen de ningún lado, a esta altura no sabía si eso era real. Aún así, había salido de algún lado. Sonaba como algo que no quería (volver a) escuchar.

Y ahí fue cuando caí en que estaba atrapado. Que me lo iba a tener que bancar solo porque otro espacio para vivir no había. Me hizo eco en la cabeza ese "No podés más" supuestamente de mi viejo, y quise correrlo a más no poder. Yo no iba a ser ella. No iba a terminar así. No iba a ser una nota en la sección de policiales. Por mucho que tuviera todas estas cosas que tal vez sí me dejen "inútil", no iba a caer tan bajo. A mí no me toca.

Pero cada vez que intentaba convencerme de que no me toca y que una decisión así no tiene sentido, se me cerraba la garganta un poco más.

Durante los siguientes tres meses hubo una especie de tregua. Una remisión relativa. Los síntomas no desaparecieron, pero se volvieron un ruido de fondo que aprendí a ignorar para poder ayudar con los trámites. Firmaron la venta de la casa tres meses después.

La casa nueva quedaba a cuarenta minutos. Una sola planta, sin pasillo largo. Mis padres hicieron el cambio en noviembre y yo los ayudé a mover cajas el fin de semana.

La primera noche que me quedé a dormir ahí, escuché la voz a lo lejos. El mismo tono con la misma distancia imposible.

Me acordé de lo que me había dicho a mí mismo cuando me fui al departamento con Benjamín: *era el lugar*. Me lo había creído bastante tiempo.

No era el lugar, pensaba mientras veía a mis papás desarmar cajas. No quería pensar en el hecho de que ahora estábamos los tres. Juntos.

Lili

Mis papás me estuvieron contando que nos vamos a mudar, tal vez de ciudad, y no quiero ni pensar en la posibilidad de perder al grupo de amigas que forme com pude. El colegio (que me estaba dando un poco el sentido para mantenerme intentando lograr algo) se incendió y estamos teniendo clases virtuales. Todo a través de pantallas, cuadraditos con caras y espacios que dicen "Adjuntar archivo". Es raro, pero es la única forma de no perder el año, nos dicen. Y encima de todo, mamá y papá están como si les costara mirarse, como si en cualquier momento se rompieran. Mamá perdió el trabajo. Papá está quejándose de los clientes más que nunca por eso. Los veo y se me revuelve algo en el estómago que ya no sé si es por mí o por ellos. Lucio tiene cara de susto vaya a saber uno por qué.

Llevo semanas sin poder leer más de una página sin que las letras se mezclen, ver una película sin que algo en el medio me distraiga y pierda el hilo o poder escribir en el diario sin sentir que estoy describiendo el pozo desde adentro del pozo. Igual lo hago. Supongo que si paro, se cierra del todo. Capaz quiero que se cierre. Eso sé qué es, porque me lo marcan bastante y por eso pedí ayuda: depresión.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Pero a veces el pozo tiene paredes movedizas y las reglas cambian sin avisar. Hay una sensación que no sé cómo llamar. Pasa de noche, sobre todo: es como estar atrapada dentro del cuerpo pero también afuera, como si la piel fuera un traje mal puesto que necesita moverse aunque no haya a dónde ir. Me levanto. Me siento. Me levanto de vuelta. No sirve de nada pero apenas sí me aguanto la necesidad de moverme. Si me aguanto, no veo la hora de saltar. A veces voy a la cocina y tengo una imagen de mí cortándome la muñeca con un cuchillo y cuando puedo empiezo a caminar en círculos por el pasillo tratando de sacarme la idea de la cabeza. Una y otra vez.

¿Esto... pasaba antes? Caminar, sí. Querer matarme, también (porque capaz esa idea ya viene de antes, es casi una compañera aunque antes venía con curiosidad). Pero esto...

El médico dijo que es ansiedad y que la medicación ya iba a hacer efecto. Le creí porque no tenía otra palabra.

Mis padres se turnan para estar cerca. Lo hacen con discreción, con cuidado, de una manera que en otro momento me habría parecido amable pero hoy me preocupa. Me preocupa y me confunde especialmente después del "Los chicos en África no tienen para comer" y el "No te podemos estar vigilando cada vez que te pasa esto" y el "Con un mundo tan lindo..." y el "Un poco de voluntad" y todo eso.

Ahora lo veo como lo que es: no saben qué hacer con esto. Nadie sabe. Yo tampoco. Así que, con tal de cerrarlo, lo que sea.

Hay un pensamiento que vuelve. Esto no lo escribo entero (porque hay cosas que si las contás, se vuelven más reales, y creo que ya conté varias de este estilo. Quiero pensar que si no contara esto no sería real). Pero está ahí, y tiene una lógica que entiendo aunque no quiera entenderla. Esa es la parte que más me cuesta: que no es irracional. Tiene sus propias razones. Las puedo seguir.

Las puedo sentir. De noche.

El ruido de noche no para. Ya no me asusto de eso como antes. Es más como una presencia que ya conozco, que aprendió cuándo conviene aparecer y cuándo no.

Mis padres hablan en la cocina. Los escucho. Eso es lo nuevo: ahora tengo tiempo y nadie me pide que sea racional.

Mamá dice que era tan inteligente. Papá dice que no tuvo suficiente fuerza. Los dos lloran y los dos acaban de decir, sin notarlo, que lo que me pasó fue culpa mía.

Saco el celular de la cartera de mi mamá. Ventana privada. Busco lo que yo llamaba "ansiedad" porque no tenía otra palabra: el cuerpo que necesitaba moverse sin saber a dónde, la agitación sin objeto, las imágenes que venían solas cuando me quedaba quieta.

Acatisia.

Efecto adverso documentado de los inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina. Más frecuente en adolescentes. Asociado a mayor riesgo de ideación y conducta suicida. La FDA emitió una advertencia de recuadro negro en 2004.

El psiquiatra lo sabía. O debería haberlo sabido.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Seguí tomando las pastillas.

Leo los artículos que me dieron el vocabulario: desbalance de neurotransmisores, serotonina baja, base neurológica. Todo lo que leí cuando me diagnosticaron porque quería entender qué me estaba pasando. Lo leo de nuevo, ahora sin que nadie me interrumpa.

¿Cómo probaron que yo tenía esa vulnerabilidad?

No lo probaron. Se infirió por mis antecedentes familiares, por descarte, por mi respuesta al antidepresivo. El modelo del "desequilibrio" nunca tuvo confirmación robusta. Los mismos estudios que lo propusieron fueron matizados por los mismos investigadores. Lo que quedó fue el vocabulario, porque el vocabulario es más fácil de transmitir que la duda.

Me diagnosticaron con una inferencia.

Organicé mi muerte alrededor de una inferencia.

Soy demasiado. Tal vez no debería haber existido. Algo en mi cerebro nunca funcionó bien. Eso pensé. Eso pensé cuando corrí lo único verdadero que se me cruzó (*algo es muy injusto*) y lo reemplacé por la conclusión limpia, sin rabia, que encajaba en el diagnóstico.

En la cocina, mamá dice: *No tuvo suficiente fuerza.*

Ustedes llevan quince años diciéndome que lo que siento no es para tanto. Que lo que veo no existe. Que estoy grande. Que me lo tomo demasiado en serio. Que me falta seguridad. Que tengo que esforzarme más. Que tengo que ser más fuerte. Y cuando eso no alcanzó ni con todo el esfuerzo del mundo, (les, nos) dijeron que era una enfermedad del cerebro, que así soy, que así nací, que la medicación iba a ayudar.

Y ahora los veo hacer lo mismo con él. Lo miran con esa lástima. A él lo llaman "estrés" y le dicen que tiene que poner de su parte, que no se tiene que "dejar estar". Es lo mismo. Siguen esperando que él también se quiebre para poder decir que "así nació", que fue inevitable.

La medicación me puso en ese estado. Y nadie me dijo cómo se llamaba.

¡Les estoy hablando! Y ninguno de los dos me escucha. Eso es nuevo.

No, ojalá fuera nuevo. ¿Cuántas veces no quise decir algo para evitar la oleada de preguntas a más no poder? ¿Cuántas veces no dije “todo bien” para que no empezaran otra vez? ¿Cuántas veces eso fue señal de que yo tenía que confiar más en ellos? Y la fila de "Los chicos en África..." y "Él es así, tira cosas a la basura" y "Es por los videítos de YouTube" mejor me la ahorro. Para ellos es nuevo. Porque cada momento en que yo decidí guardarme todo, en lugar de mostrar que no era el espacio, para ellos mostraba que el problema era yo. Como el problema no era tan obvio, la solución tenía que salir de mí.

Entonces el enojo sale. No en llanto, no con cuidado, no después de pensar si es el momento. Después de quince años de apretar los puños, los dientes, la garganta, el diario... todo lo que no salió sale sin ningún cuerpo que lo contenga.

Nadie me escucha. Y por primera vez en mi vida, eso es exactamente lo que necesitaba para poder decirlo.

En eso de aparecer y desaparecer, cuando lo pienso sabiendo dónde termina esto, esa cosa y yo vamos a ser algo parecidos.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

No ahora, no todavía. Después de estar al borde y empezar a recapitular la vez que me defendí de un golpe de un compañero y salí con amonestaciones, la vez que quedó el dibujo para el colegio arrugado en la mesada de la cocina, la vez que Lucio me tiró al agua para que nadara hacia él y nadé hacia la baranda, la vez que leyó mi diario...

Recién después de todo eso vamos a ser algo parecidos.

Del tacho de la cocina, meses después, Lucio sacó una hoja arrancada de un diario. Estaba escrita con una letra que conocía desde siempre pero con una birome que no era de ella, un color que ella no usaba. Decía: "Ahora por fin puedo leer, sentir y pensar tranquila".

La dobló. No la tiró. Todavía no sabe bien por qué, y eso también es información.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Cinco

"Ningún organismo vivo puede continuar existiendo de manera sana bajo condiciones de realidad absoluta"

—*Shirley Jackson, La maldición de Hill House*

"Hay que dejarse crecer las uñas durante quince días. ¡Oh, qué dulzura entonces arrancar brutalmente de su lecho a un niño que aún no tiene nada sobre su labio superior, y, con los ojos muy abiertos, hacer el simulacro de pasar suavemente la mano por la frente, inclinando hacia atrás sus hermosos cabellos! Después, súbitamente, en el momento en que menos lo espera, hundir las largas uñas en su tierno pecho, de manera que no muera, pues si muriera no podríamos contar más tarde con el aspecto de sus miserias. A continuación se le bebe la sangre lamiendo las heridas, y durante ese tiempo, que debería durar tanto como la eternidad, el niño llora."

—*Conde de Lautréamont, Los cantos de Maldoror*

Damián

La casa no estaba tan mal. Tenía sus años, sí, y ese olor a encierro de los lugares que estuvieron vacíos un tiempo, pero mis papás decían que era una oportunidad. Yo no estaba tan convencido. No me gustaba el polvo acumulado en las esquinas ni el eco de los muebles todavía sin desempacar.

Me pidieron que ayudara con las cajas de la cocina, pero yo las miraba de lejos. No es por vago, pasa que tengo mala suerte con estas cosas. De chico tuve asma y todavía me acuerdo de lo que se siente no poder respirar porque el aire está sucio. Además, a un amigo mío lo picó una araña sacando cosas de un depósito y terminó internado tres días. Cada vez que tocaba un cartón polvoriento, me revisaba las manos buscando algo que caminara.

—Damián, dejá de perseguirte y movete —me dijo mi papá—. Es una casa, no una cueva de monstruos.

Me encogí de hombros. Mis papás dicen que me preocupo demasiado por mi salud. Quieren llevarme a un psicólogo por la ansiedad. Y claro, ahora me da ansiedad tener ansiedad, y trato de que no se me note que tengo miedo para que no piensen que tengo miedo. Al final es mil veces peor.

Almorzamos tarde, entre cajas abiertas. Mi mamá me pidió que sacara los platos de la alacena. Fui, agarré la pila de arriba sin mirar mucho y puse el plato superior en la mesa para mí. Tenía unos puntitos marrones, como tierra o algo quemado. Intenté sacarlos con el dedo antes de que me sirvieran la comida, pero no salían.

A mitad del almuerzo, me empezaron a picar las manos.

Primero fue un cosquilleo suave en las palmas. Me rasqué debajo de la mesa mientras ellos hablaban de la instalación del gas. Pero el picor subió rápido, se volvió una puntada eléctrica. Me miré las manos y no vi nada, pero sentía que me estaban clavando mil agujas invisibles.

—Voy al baño —dije, levantándome rápido.

—¿Todo bien? —preguntó mi mamá, frenando el tenedor en el aire.

Me acordé de todas las veces que me habían dicho que era un exagerado. De la cara de fastidio de ambos cuando me quejaba de un dolor.

—Sí, sí. Me olvidé de lavarme bien —mentí.

En el baño, cerré la puerta y me puse las manos bajo el chorro de agua fría. No sirvió de nada. El agua se sentía áspera, como si estuviera lavándome con lija. Me miré al espejo. Tenía unas rayas rojas subiendo por las muñecas. Las manos eran un fuego seco.

Me puse crema, desesperado. La crema se cortaba sobre la piel, dejando líneas blancas sin cubrir. Volví a ponerme, pero el ardor seguía ahí. Saqué el celular, puse el zoom de la cámara y el flash al máximo. En la pantalla, las manos parecían tener pequeños puntos brillantes, como purpurina metálica enterrada en los poros.

Me lavé demasiado los ojos, pensé. *O es una reacción al detergente. Del plato. O a la madera de la alacena, porque la alacena tenía ese polvo. Que en realidad puede ser polvo de ácaros, que eso también genera... ¿Cómo se llamaba esto?* Me miré las muñecas. *O toqué algo de limpieza sin darme cuenta y me lo froté en la cara. O es el detergente. Ya dije el detergente. Igual el ardor es de las manos, no de los ojos.*

Googleé "ardor en las manos puntos brillantes". Aparecieron mil cosas: intoxicación por mercurio, sarna, algo de los nervios. Después una página sobre gente que se vuelve loca y siente que la tocan cosas que no existen. La cerré de inmediato. La volví a abrir. La cerré otra vez.

Empecé a imaginarme en el hospital, con tubos, y los médicos diciéndoles a mis papás que tenían razón. Que algo estaba muy mal conmigo. Que desde siempre.

—¡Damián, apurate que tenemos que salir! —gritó mi papá desde el otro lado, golpeando la puerta. El tono era de enojo, de los que no aceptan explicaciones.

—¡Ya voy!

Me senté en el inodoro y me puse a llorar, pero sin ruido. Puse TikTok para intentar distraer la cabeza. El primer video era una estupidez de un gato, pero el segundo era un médico hablando de irritaciones en la piel. Lo pasé rápido, pero el pensamiento ya estaba ahí, pegado.

Me miré las manos otra vez. De repente, sentí un tirón. Vi cómo la piel de mi palma se rajaba hacia un costado, seca y fina como papel de seda. Debajo no había sangre, solo un hueco negro. Me quedé sin aire.

A los tres segundos, todo volvió a la normalidad. La piel estaba entera. Lisa.

Capaz que la esquizofrenia empieza así, pensé. *Como en las películas, con cosas que no te cree nadie. Con cosas que ves vos solo.*

Mi papá abrió la puerta de un empujón.

—Basta de pelotudear con el celular, Damián. Vamos.

—Papá, mirá —le mostré las manos, temblando.

Él las miró un segundo, apurado.

—No tenés nada. Tenés las manos perfectas. Dejá de buscarte problemas donde no hay.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Me agarró del brazo y me llevó hacia afuera. Mientras cruzábamos la cocina, vi la puerta de la alacena entreabierta. Algo me miraba desde ahí adentro. No como mira una persona, ni siquiera como miraría un fantasma. Era algo que me estaba midiendo.

Esa noche me desperté escuchando algo arrastrarse por el pasillo. Tenía sed y la garganta seca. Agarré un palo de golf de juguete que estaba por ahí, por las dudas. Cuando llegué a la cocina, vi un rastro de polvo marrón en el piso. El mismo polvo de los platos.

El rastro terminaba en la puerta de la alacena. En el suelo, escrito con el mismo polvo, había un mensaje corto, de trazos precisos:

"Sos un exagerado".

Y al lado, algo más. Lo levanté con la punta del palo. Parecía una tela hueca, marrón, hecha de bolitas diminutas. Una piel vieja que ya no servía.

Me quedé mirando la oscuridad de la alacena, sabiendo que el ardor iba a volver. Y sabiendo que, pasara lo que pasara, nadie me iba a creer. Es que ni yo me lo creía después de ver mi mano abrirse así.

Gwondur es la forma que toma el hambre cuando encuentra el lenguaje adecuado. Un lenguaje donde hasta un fantasma es más fácil de digerir que la verdad.

El ardor va a volver. Gwondur no necesita tocarlo por ahora. Hubo roce con Lucio cuando estaba solo en el departamento. No hace falta.

Pero a veces no parece suficiente en el momento. Nunca es suficiente. Da ganas de más.

La piel rajada fue un exceso de precisión algo torpe. Un descuido. La herramienta no necesita mostrarse para funcionar cuando uno ya es el dueño. Solo necesita que el chico se pregunte, cada vez que le pique algo, si esta vez también lo está inventando.